

## DISQUISICIONES Y ACLARACIONES.

Aunque ni el Br. Contreras Fuerte ni las demás personas que figuran como testigos en las informaciones levantadas en 1668, manifestaron de quién y cómo hubieran adquirido los indios de San Juan aquella antigua Imagen de Nuestra Señora que estaba olvidada en la sacristía de la capilla del Hospital, según la noticia que el Br. Camarena le dió al P. Tello, la india Ana expresó el recuerdo que tenía de que la Imagen era donación de un religioso de San Francisco; y apoyado en ese dato, el referido cronista presume que tal religioso fuera Fr. Antonio de Segovia, "apóstol de esas naciones", ó Fr. Miguel de Bolonia, "que fué el primer guardián de Xuchipila."

La primera de esas dos conjeturas es la más probable: 1<sup>o</sup>, porque, como atrás se dijo, el P. Segovia fué no sólo apóstol de los caxcanes y los tecuexes, en general, sino que en este caso particular lo caracteriza mucho el haber sido el primer guardián de Nochtlán, pueblo de donde tenía procedencia el de San Gaspar y los que se formaron con familias de éste; y 2<sup>o</sup>, por la analogía, ya hecha notar por Mota Padilla, que resulta de haber sido también el P. Segovia quien les dió á los indios de Tzapopan la Imagen, asimismo

taumaturga, de Nuestra Señora de la Espectación, más conocida con el nombre del lugar en que se venera.

A la vez hay contra el apoyo único que se hace valer en pro de la conjetura de que fuese autor de tan preciosa dádiva el P. Bolonia, una razón contundente: que el primero que desempeñó las funciones de guardián en Xuchipila no fué ese monje, como lo creía el P. Tello, sino el P. Fr. Martín de la Coruña, pues así consta en un documento coetáneo y fehaciente, que no conoció el mencionado cronista; y por lo mismo, el supuesto que descansa en ese error, no tiene la más mínima razón de sér. Más bien pudiera decirse, en tal caso, que el donante de la Imagen sería el expresado Fr. Martín, primer guardián de Xuchipila; pero con parar mientes en que entonces esta guardianía no abarcaba en su jurisdicción á Nochtlán, y que este pueblo era á su vez cabecera de otra, que rigió Fr. Antonio de Segovia, resulta que á este Padre, y no al de la Coruña, deberá atribuírsele el valioso regalo.

Por lo demás, es probabilísimo que no se les hizo éste á los indios, sino hasta después del alzamiento de 1542; puesto que sabiéndose, con ciencia cierta, que en tal sublevación los caxcanes, teniendo á su frente á los de Nochtlán, «quemaron y derribaron las iglesias,» volvieron á adoptar los antiguos ritos de su culto idolátrico y sangriento, y hasta «hicieron penitencia del tiempo que habían sido cristianos», mal puede creerse que en esos pueblos quedara á salvo de las resultas de esa conflagración ninguna de las Imágenes que les hubieran dado los misioneros á los naturales. Ese presente tiene que datar de fecha posterior á la revuelta; sería un recuerdo que el primer evangelizador de Nochtlán les llevara ó les enviara á sus antiguos doctrinos, al terminarse aquella guerra, cuando solícito mandó á misionar entre ellos y los demás de su lengua y progenie á Fr. Miguel de Bolonia.

Decidido este interesante punto á favor del P. Segovia, es oportuno inquirir, hasta donde sea dable, quién pudo ser el autor de la bendita escultura de Nuestra Señora de San Juan.

Tanto el Br. Contreras Fuerte como el Br. Arévalo, eclesiásticos que por haber desempeñado durante muchos años, como ya se verá, las funciones de capellanes del templo de la



santa Imagen tuvieron ocasión de verla mil y mil veces, de tocarla y de examinarla con todo detenimiento, por el cual motivo su testimonio á este respecto merece entera fe,—están acordes en asegurar, sin el menor asomo de duda, que la materia de que está formada tal escultura es pasta de Michoacán.

Esta masilla se compone de la manera siguiente: “cogen, dice un curioso cronista, la caña del maíz y le sacan el corazón, que es á modo de corazón de cañeja, pero más delicado, y moliéndolo, se hace una pasta con un género de engrudo que ellos llaman tatzingueni, tan excelente que se hacen de ella las famosas hechuras de Cristos de Michoacan, que fuera de ser tan propios y con tan lindos primores, son tan ligeros que siendo de dos varas, al respecto pesan lo que pesaran siendo de pluma y así han sido y son las hechuras más estimadas que conocen.”

De esa pasta se hacían no sólo Crucifijos, sino también otras imágenes de santos, como la de la Asunción de Pátzcuaró, más conocida con el nombre de Nuestra Señora de la Salud, mandada fabricar por el Sr. Obispo Don Vasco de Quiroga, “de caña de maíz batida, explica el autor de la «Vida» de ese venerable personaje, que es un género de pasta usado en este Reino, cuyo peso es ligerísimo y de grande consistencia.”

Atribuye aquel mismo cronista la invención de esa pasta á los tarascos; pero su aplicación á la estatuaria de los santos, les fué enseñada á esos naturales, si se da crédito á Mota Padilla, por Matías de la Cerda, «el más famoso escultor que á estos reinos pasó de la Europa, cuando se pobló América, (súplase: «por los españoles»,) y fué el primer maestro de donde se ha derivado de padres á hijos el oficio que hoy es comun en los indios de la sierra de Michoacán, cuyas imágenes se comercian en todo el reino, especialmente Santos Cristos.» Este escultor fué padre del mestizo Luis de la Cerda, autor de las imágenes del Señor Crucificado que se veneran en Amacueca y en la Magdalena; y las obras de uno y otro estatuario, conforme al testimonio del cronista arriba citado, «llegaron á gozar la estimación de toda la Europa.»

A alguno de estos dos célebres artistas, (puesto que habiendo venido Matías á México por los años de 1521 y subsiguientes, «cuando se pobló América» por los conquistadores, él y su hijo fueron probablemente coetáneos de la donación que les fué hecha á los indios de San Juan hacia cualquiera de los años inmediatamente posteriores al de 1542,) ó á lo menos, á alguno de sus más aventajados discípulos, se le debe atribuir, basándose en estos indicios, la hechura de la bella Imagen de Nuestra Señora de San Juan.

Y no cabe dudar que es muy hermosa: léase como prueba de esto, la entusiasta descripción, llena de idealismo, que hacia de ella, aun no terminado el siglo XVII, uno de los dos capellanes antes mencionados: “es su Santísimo Cuerpo de poco mas de una tercia, y para que levante hasta la estatura de media vara poco mas, está dentro de un vaso de plata con su peaña, y dentro del vaso unos cogincillos de algodón. El Rostro de esta Soberana y milagrosa Imagen es aguileño, los ojos muy grandes, rasgados, y de color negro; el color de su Rostro es imposible determinar cuál sea, respecto de que unas veces está muy encendida, otras muy pálida, otras trigueña, y también denegrida; y lo que mas admira es, que suele estar tan lleno el Rostro de luces, muy suaves y apacibles, que no se le distinguen con la confusión de las luces, ni los ojos, ni facion alguna de su Rostro, esto es en días señalados, como en todas las Fiestas de su Santísimo Hijo, y en las de la Virgen Santísima, como es en su Concepción, Natividad, &c. Estas luces le nacen de una estrella que tiene continuamente en el Rostro, unas veces en la frente, otras en la barba; y lo que mas admiración causa es, que al mismo tiempo se muestra á unos pálida, á otros muy encendida, á otros denegrida, y á otros con las luces que tengo ya referidas.”

El mismo Br. Arévalo le avisaba al P. Florencia, por conducto del Dr. Castorena y Urzúa, que “viendo que muchas veces le salen á la Virgen luces del Rostro, especialmente en las fiestas de su Santísimo Hijo, y las suyas, por ver si eran brillos de unos diamantes que tenia la Imagen, cerró el Tabernáculo y apagó las luces, y assomándose por



una rendija de la puertecica, vió la Santa Imagen, y todo el Tabernáculo ardiendo en luces y resplandores brillantes, con que entendió salian del Rostro de la Imagen las luces, y no eran mendigadas de los diamantes postizos. Todo esto lo afirmó con juramento, como he dicho.”

Aludiendo al supuesto de la estrella el P. Florencia, no le pone á ese aserto ningún reparo; se contenta con decir que «no es estrella de luz natural», pues «de ser así fueran siempre sus reflejos de un modo»; que es cosa de misterio que eso acaezca en las principales fiestas del Señor y de la Virgen; que si se le pone á la Imagen el rostro denegrado es, á lo que parece, porque entonces se llegan á su capilla ó á su altar «personas con las conciencias manchadas»; y por último, advierte en una acotación marginal, que «el Br. Miguel Guerra Baladez (*sic*) testifica averlo visto (el cambio de luces?) ahora poco há.»

También el testigo Francisco Gutiérrez Rubio, mucho tiempo antes que los dos citados atestantes oculares, afirmaba «que ha visto el Rostro de dicha Imagen mas encendido unas veces que otras.»

Da bastante luz cuanto al cabello de la Imagen este párrafo de la declaración del Br. Contreras Fuerte: «Llegando á este Santuario Doña Isabel de Bocanegra, en compañía de su marido Don Juan Maldonado, que iba por Alcalde mayor á Aguas Calientes, trajo esta Señora licencia in scriptis del Señor Obispo Don Juan Ruiz Colmenero para vestir á la Virgen. Hizolo; escogió un vestido de lama verde; púsole las joyas que le parecieron, y una cabellera negra, que la dicha Doña Isabel le trajo, que al dicho Vicario Fuerte le pareció el color tan mal, como ver á la Señora en manos de una muger, que no la avia visto en otras hasta entonces, tanto, que afirmó el dicho Vicario, que á no averla visto vestir la desconociera. Púsola el Vicario en su casa (*sic*); pero dentro de pocos dias repararon dicho Vicario, y el Licenciado Nicolas Perez, que no tenia la cabellera el color que quando se la pusieron. Bajáronla para certificarse, y era así, que el color negro de la cabellera se havia vuelto acastañado, de color de avellana, que es lo mismo. Este es el color que dicen los Autores que tenia el cabello de la Virgen. Dejóla así el Vicario

por algunos dias puesta, y despues dió cuenta al Señor Colmenero; luego se la quitaron. Repartió dicho Vicario por reliquias al Ilustrísimo Señor D. Fr. Marcos Ramirez de Prado Obispo de Michoacan, á Don Gerónimo de Salcedo del Abito de Santiago, al Dean de Guadalaxara, al Bachiller Don Bartholome de Sabina Provisor, y á los demás del Cabildo...»

Mucho respeto merecen esas declaraciones emanadas principalmente de sujetos nada vulgares y de estricta conciencia; pero sin negarles á sus palabras la buena fe, se advierte que los hechos que en esa parte figuran como extraordinarios, no son de los que exceden los límites de una explicación natural: la mudanza de tintes en el semblante de la venerable Imagen, puede atribuirse al efecto óptico causado en el observador por motivo de las variaciones cromáticas de los trajes que se le vestían alternativamente á la misma santa Imagen, pues consta que los tenía entonces de color morado, azul, rojo, verde, blanco, etc, etc, ó bien, al reflejo de las piedras de diversos colores con que se alhajaba la Efigie; los resplandores del rostro, al brillo de las mismas piedras preciosas puestas en la corona, en los pendientes y la gargantilla, sin que valga en contrario de este supuesto la experiencia que se hizo apagando las luces y cerrando el tabernáculo, ya que no se tuvo, á mayor abundamiento, la precaución de apartar de la Estátua los diamantes y se dejó un resquicio por donde penetrara la luz del exterior, que pudo ir á herirlos y á arrancarles fulgores; que esos cambiantes fueran coincidentes de las principales fiestas religiosas, á que en ellas, como es costumbre, se le mudarían ropa y joyas á la venerada escultura, y al par á que entonces ante ella esplendería mayor número de luces artificiales que de ordinario; y, por último, el cambio de color de la cabellera, al efecto químico-biológico de alteración decolorante en el pigmento del pelo muerto ó del que simplemente carezca de elementos nutritivos.

En sentir del insigne Abate Du-Clot, «es más piadoso y más conforme con la Religión, lo que menos desdice de la verdad»; y «son tantas y tan de bulto las cosas verdaderas que la Religión y su historia contienen, que fuera mengua de



quien lo hiciese y no poco perjudicial á la piedad misma, echar mano de las falsas y dudosas y quererlas anunciar á los fieles. »

Descartando, pues, lo que esa parte de los antiguos relatos ofrece como maravilloso no comprobado, y conservando incólume lo que de indudable tiene, las señas que de la santa Imagen se han dado son éstas: el color trigueño, los ojos negros y rasgados, delgado el encaje de la cara, y la cabellera de color castaño.

Añádanse á estas particularidades, la nariz afilada y perfecta, y la boca pequeña; así como debe expresarse, por lo que toca á la actualidad, que la pátina del tiempo ha dorado de seguro aún más aquel color de espiga madura; que la cabellera, quebrada á trechos, le cae graciosamente á la Imagen sobre los hombros; y que los siglos han estropeado sus manecitas. (\*)

---

\* Florencia y Tello, obras y lugares citados, y además en la referida de aquel P., el cap. IV.—Mota Padilla, obra y cap. ya citado y también el LXXV.—La Rea: "Crónica de la Orden de N. Seráfico P. S. Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España," lib. I, cap. IX.—Moreno: "Fragmentos de la vida y virtudes del V. Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Vasco de Quiroga," lib. I, cap. XI.—Du-Clot: "Vindicias de la Biblia," vol. IV, *El Exodo*, nota 1<sup>a</sup>, párr. XL.

---

VI.

UN APOSTOLADO SUBLIME.

---

«Los primeros frailes que venían á las Indias reducían todas sus aspiraciones, concentraban todos sus esfuerzos y cifraban el objeto de sus trabajos en dos cosas: conversión de los idólatras á la fe cristiana y protección de la vida y libertad de los vencidos naturales; fuera de esto nada les preocupaba ni nada llamaba su atención; ningún anhelo de riquezas; ningún empeño por los honores; ningún cuidado por los títulos ni por el puesto; pobres hasta la miseria, abnegados hasta el sacrificio »...

Uno de los más esquisitos ejemplares de ese admirable prototipo que con tanta justificación como imparcialidad retratará en las líneas anteriores un historiador moderno y miembro prominente del partido liberal mexicano, fué Fr. Antonio de Segovia, esa grande y evangélica figura que por sus muchos benéficos títulos conexivos entre ella, la Santísima Virgen de San Juan y la población del mismo nombre, requiere ser en este libro detenidamente observada y no entrevista nomás.

Atendiendo á que «los franciscanos solían cambiar su apellido propio por el nombre del lugar de su origen, » (\*) en

---

(\*) En comprobación cita el Sr. Icazbalceta, cuyo es tal aserto, á Fr. Toribio de *Benavente* (ó *Motolinía*) que tenía por apellido *Parredes*, y á Fr. Martín de *Valencia*, natural de *Valencia de Don Juan*, que se llamaba Fr. Juan Martín de *Boil*. Entre los misioneros que vinieron á Xalisco, ó Jalisco, que hoy escribimos, no escasean los ejemplos de la misma costumbre: recuérdese á Fray Martín de la *Coruña*, Fr. Angel de *Valencia*, (que se apellidaba *Saliceto* ó *Sauce-do*), Fr. Andrés de *Córdoba*, Fr. Miguel de *las Garrobillas*, etc. etc.